

Presentación

David Antonio Pérez Nava

Con un título parecido al nuestro, Georges Sorel da nombre a sus famosas y controvertidas disertaciones en torno al problema de la violencia, en una Europa sometida a las convulsiones sociales fruto de las luchas políticas que tenían lugar desde por lo menos la segunda mitad del siglo XIX, y ante los presagios que no hacían más que anunciar no sólo la época revolucionaria que llegaría a su cenit con la Revolución de Octubre en Rusia (1917), sino sobre todo la gran devastación continental que significaría la I Guerra Mundial (1914-1918) y su aún más catastrófico corolario, es decir, la II Guerra (1939-1945) que Sorel, muerto en 1922, ya no alcanzaría a ver ni pensar. Del mismo modo que tampoco podría pensar (por ausencia o por deficiencia epistemológica), las diversas luchas de los pueblos periféricos en su afán de alcanzar la emancipación política y la liberación cultural y económica: desde la Revolución Mexicana en 1910 hasta, por lo menos, la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam, pasando por todas las revoluciones, insurgencias, rebeliones, independencias y guerras civiles que tuvieron lugar, en aquellos años, a lo largo y ancho de toda África, Asia y América Latina.

Es en este convulso contexto –fuera de toda duda la determinación violenta de la condición humana y puesto en cuestión el proyecto de la modernidad occidental gracias a su cada vez más evidente “potencia suicida” (patentizada en toda regla a partir de 1945)– que los estudios sobre la violencia se multiplicaron, lo mismo para pensar su dimensión política, económica, socio-cultural o psicológica (así como las formas en que éstas se articulan en un todo complejo y dinámico), que para pensar sus implicaciones en la constitución, individual o colectiva, de la vida humana. Se trataba, en este sentido, de dar cuenta de un fenómeno que se mostraba como inevitable algunas veces y como necesario las otras, pues lejos había quedado la posibilidad de aproximar en los hechos el viejo postulado kantiano de la paz perpetua, que se mostraba –para decirlo en términos del de Königsberg– lógicamente pensable pero

empíricamente imposible. Ni la (in)deseabilidad ni una moralidad unívoca, consecuencia del siempre pernicioso universalismo abstracto (que lo reduce todo a una pretendida visión única que pasa por alto la realidad concreta de los pueblos y los individuos), parecían criterios adecuados para pensar la violencia y sus múltiples manifestaciones, pues rechazar la violencia no borra en modo alguno su existencia.

Pero la estabilidad política engaña tanto a los que desean ver transformaciones que no llegan, como a los que –beneficiarios directos de esa “estabilidad”– buscan que todo permanezca desigual e injusto, pero estable. Así que una vez adormecida la época revolucionaria y las luchas de liberación antiimperialistas y anticoloniales, olvidado el rastro de las guerras mundiales y diluidas (que no desaparecidas) las tensiones internacionales tras la caída de la Unión Soviética y la instauración del discurso triunfalista del “fin de la historia”, la violencia se recluyó una vez más al nivel de la vida privada, de las relaciones interpersonales y de la vida cotidiana, haciendo que la violencia estructural, sus lógicas y su lugar en la configuración de la existencia humana, fueran reducidas (ideológicamente) a una mera anomalía que el capitalismo, la sociedad de consumo y la democracia burguesa tarde o temprano terminarían por superar (lo que como resulta obvio no ha sucedido). El deseo de trascender la violencia (pretensión honesta de todo aquel que apuesta por la reproducción de la vida) se impuso a la necesidad teórica de pensarla e, incluso, a la evidencia misma de su existencia.

Nuestro libro, en ese sentido, más de 100 años después de aquellas *Reflexiones sobre la violencia* (1908) de Sorel, pretende entonces ayudar a llenar el vacío dejado por aquella actitud evasiva. Aproximación humilde, intento tímido, incipiente balbuceo. Pero inspirado por un genuino deseo de comprender un aspecto de la realidad que por más lamentable que parezca (y tal vez justo por eso) no debe ser excluido del pensamiento, menos aún en un subcontinente marcado por la desigualdad estructural, por el fantasma de la violencia política siempre latente y por los rastros de una violencia pasada que inevitablemente deja una marca indeleble en la vida de los pueblos. La historia de América Latina es, también, la historia de sus violencias, de sus heridas y de su (in)capacidad para sanarlas. Y es menester estudiarlas y comprenderlas si lo que se quiere es evitarlas en algunos casos,

resolverlas en otros y asumirlas en el resto, porque erradicarlas escapa totalmente a la imperfección humana. La construcción de la paz es siempre inestable, caprichosa y efímera, pero no por ello deja de ser una digna y necesaria aspiración de la especie que exige, como es natural, pensar sus condiciones, sus contradicciones y sus obstáculos.

Este libro, entonces, con todas sus limitaciones, está dividido en tres momentos perfectamente diferenciables los unos de los otros, pero al mismo tiempo profundamente interconectados. Primero, se trata de un acercamiento filosófico a la violencia que, como tal, busca descifrar la esencia de la cosa, o como diría Aristóteles, sus primeras causas; en este caso en particular de la violencia política, su lógica y los diversos modos en que aparece o se manifiesta. En segundo lugar, estamos ante el intento de dilucidar las formas de la violencia bajo su determinación en la modernidad capitalista, caracterizada ésta por ser un proyecto dominador y excluyente que, justo por serlo, niega todo aquello que no se ciñe a su modelo económico, epistémico, cultural, estético o histórico. Finalmente, intentamos describir y comprender, a través de los aportes de un amplio grupo de estudiosos, las múltiples manifestaciones de la violencia en la sociedad colombiana, sometida como muchas en nuestro continente a una violencia sistemática lo mismo bajo su forma política (la guerrilla, el Estado y la disputa por las instituciones), económica (con el narcotráfico y la prostitución como dos de sus expresiones) o cultural (el racismo y las diversas formas de violencia epistémica), las cuales deben entenderse no como formas independientes y aisladas, sino siempre bajo la idea de una articulación dialéctica.

El lector juzgará, desde luego, hasta qué punto hemos sido capaces de dar cuenta de aquello que nos hemos propuesto en cada caso, y decidirá, también, si algunas de las hipótesis propuestas y las respuestas ofrecidas a lo largo de estas páginas, le son útiles para desarrollar nuevas y mejores problematizaciones. Por nuestra parte, sin embargo, queda la consciencia de nuestro compromiso con un pensar situado, que busca responder a los problemas y a las exigencias de nuestro tiempo y espacio, y que intenta echar mano (siempre críticamente) tanto del instrumental hermenéutico que proporciona la tradición occidental a la que sin duda –para bien o para mal– también pertenecemos, como aquel

que brinda el que para nosotros es muestra viva de lo mejor de nuestro pensamiento: la mundialmente reconocida filosofía de la liberación latinoamericana, a la que –buscando ser genuinos discípulos– no asumimos como un todo monolítico y dogmático, sino como punto de partida en el complicado proceso intelectual de explicar lo real. Éste es el fin, aquellos sólo los medios.